

LA CHINA QUE DESCUBRIERON LOS EUROPEOS: LA DINASTIA MING EL ORDEN MUNDIAL CHINO Y EL SISTEMA TRIBUTARIO

La dinastía Ming, que se instauró después de los mongoles y 4 siglos de incursiones nórdicas en el territorio chino, adoptó una política de defensa que limitaba los contactos con los Estados extranjeros, y que afectó gravemente las relaciones exteriores de China, tanto a lo largo de la costa como en la estepa.

La piratería en las costas y la imponente Gran Muralla de piedra que se levantaba en medio de la estepa fueron las consecuencias permanentes de esta política de puertas cerradas. La institución confuciana, que siempre había tratado con desdén a los bárbaros extranjeros y con recelo a los comerciantes, impuso formalmente las restricciones al comercio exterior, que era el sello distintivo de la dinastía Ming.

La tradición china consideraba que China era el centro del mundo civilizado y demostró claramente que todos aquellos que se le acercaban debían rendirle homenaje y tributo al Hijo del Cielo. Este modelo jerárquico ideal tenía en la cima al emperador chino, y todos los demás eran sus subordinados y le rendían homenaje y tributo. Las relaciones tributarias eran estrictamente reguladas, y sólo ciertos Estados extranjeros tenían el derecho y el honor de acercarse a China.

El primer emperador Ming creó cuidadosamente la lista de los Estados tributarios autorizados a hacerlo y decretó la frecuencia con la que debían enviarle delegaciones tributarias, así como el número de barcos y personas que podían traer. Inmediatamente después de hacerse con el poder, Hongwu informó a todas las instituciones políticas reconocidas que esperaba recibir cuanto antes embajadas a China y que, a cambio, China les concedería legitimidad y protección.

La intensidad de las relaciones de los Estados tributarios con China dependía en primer lugar de la distancia. Por otra parte, aquellos funcionarios o comerciantes que habían establecido por su cuenta relaciones comerciales directas con países extranjeros fueron castigados duramente. Hongwu también creó una lista con los países extranjeros que China nunca debía invadir. Entre ellas se encontraban los países vecinos de China: Corea, Japón, las islas Ryūkyū y Vietnam, así como otros 10 países que estaban más alejados.

Para limitar y controlar aún más las transacciones entre China y otros países, el comercio tributario sólo se dirigía a través de delegaciones regulares. A Japón, por ejemplo, sólo se le permitía un barco cada 10 años. Todos los extranjeros debían entrar en China a través de uno de los 3 puertos autorizados relacionados con el comercio exterior: Ningbó trataba con las delegaciones japonesas y coreanas; Quanzhou (y más tarde Fuzhou) recibía las delegaciones de Ryūkyū y las Filipinas; y Cantón se reservaba para los barcos del Sureste Asiático. Todas las delegaciones llegaban en compañía de un gran número de comerciantes. Los barcos cargaban el tributo oficial, que se enviaba al emperador, y un cargamento privado que, mediante el pago de una comisión, se podía comerciar en el puerto de entrada.

Después de llegar a China, los embajadores autorizados eran escoltados hasta la capital, en un viaje que normalmente duraba un par de meses y durante el cual eran colmados de regalos por los funcionarios oficiales, dormían en albergues del Estado, asistían a banquetes y se les daba el dinero necesario para cubrir sus gastos durante el viaje. Una vez llegados al palacio, se les exigía postrarse delante del emperador de China. Después, intercambiaban regalos y posteriormente eran escoltados fuera. Los regalos que China ofrecía a los Estados tributarios siempre eran de un valor mayor a aquellos que recibía a cambio, y el coste que suponía atender a todas las delegaciones extranjeras de esa manera tan suntuosa también era muy alto para China.

En 1411, por ejemplo, el rey de Malaca visitó China con un séquito de 540 personas. Mientras que China nunca consideró las relaciones exteriores como una fuente de enriquecimiento, los Estados tributarios las veían como una oportunidad para hacer un comercio privilegiado. De hecho, el comercio tributario favorecía de muchas maneras a los supuestos vasallos. La China Ming, como vimos en clases anteriores, era un país muy rico y con un comercio interno próspero. El país podía vivir de sus propios recursos y el comercio exterior se hacía cargo principalmente de las especias y los artículos de lujo. Por eso, el Gobierno chino podía permitirse una política de puertas cerradas. Pero esta política perjudicaba tanto el comercio exterior que estaba surgiendo como las ciudades costeras de China que vivían del comercio, y a la larga provocará graves problemas a China.

El comercio tributario también tenía un efecto negativo en tanto que impedía el desarrollo de las relaciones exteriores de China dentro de un marco jurídico. Las relaciones tributarias, que eran desiguales y de ritual, no requerían acuerdos de ningún tipo, ya que los aspectos fundamentales consistían en las visitas de los Estados tributarios vasallos y su reconocimiento de la superioridad cultural y política de China.

El mundo del siglo XVI se estaba haciendo cada vez más global y China carecía de las herramientas para hacerle frente. El hijo de Hongwu, Yongle, daba mucha importancia a la conservación de las relaciones tributarias de China; y las expediciones de Zheng He, de las que hablaremos en la próxima clase, lo demuestran claramente. Pero Yongle dirigió las relaciones exteriores de una manera mucho menos prudente que su padre. Decidió conquistar Vietnam, en contra de la expresa voluntad de su padre que había determinado que Vietnam era uno de los países que nunca debería ser atacado.

En 1406, se inició una gran expedición punitiva en contra de Annam (Vietnam del Norte), que fue conquistada y retenida con dificultad dentro del espacio chino hasta 1427.